

La tara del papa

Obras Completas

Gustavo Álvarez

Gardeazábal

Vol. 1

Álvarez Gardeazábal, Gustavo, 1945-

La tara del papa / Gustavo Álvarez Gardeazábal. -- 4a. edición.-- Cali : Universidad del Valle, 2019.

200 páginas ; 22 cm. -- (Gustavo Álvarez Gardeazábal. Obras completas ; 1)

1. Novela colombiana 2. Violencia -- Novela 3. Colombia -- Vida social y costumbres -- Novela 1. Tit. II. Serie

Co863.6 cd 22 ed.

A1648054

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: La Tara del Papa

Autor: Gustavo Álvarez Gardeazábal

ISBN: 978-958-5599-37-6

ISBN PDF: 978-958-5599-38-3

DOI: 10.25100/peu.333

Colección: Obras Completas Gustavo Álvarez Gardeazábal. Vol. I

Cuarta edición

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Gustavo Álvarez Gardeazábal

Diseño y diagramación: Hugo H. Ordóñez Nievas

Este libro, salvo las excepciones previstas por la Ley, no puede ser reproducido por ningún medio sin previa autorización escrita por la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es responsable del respeto a los derechos de autor del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2019.

**Gustavo Álvarez
Gardeazábal**

**La tara
del papa**

Obras Completas

**Gustavo Álvarez
Gardeazábal**

Vol. 1

PRESENTACIÓN

Hacia 1970 los círculos literarios del país se sorprendieron al saber que una novela colombiana titulada *La boba y el Buda*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal, había ganado en España el reconocido premio literario Ciudad de Salamanca. Gustavo Álvarez, reconocido más como Gardeazábal, apellido vasco heredado de su madre, es en nuestro país, quizás, el escritor más destacado de la generación posterior a García Márquez. Irrumpió en la novela latinoamericana con dos temas que, como él mismo define, son los centrales de toda su novelística: “el poder y la violencia”.

El escenario vital de su novelística es su Tuluá natal, ahí encontró que no existen límites entre la realidad histórica de Colombia y la ficción, observación que siempre le permitió desfamiliarizar lo cotidiano y volverlo a crear como novela. Sus personajes casi siempre son bizarros y están en el límite del comportamiento humano, elemento que le permite construir un mundo ficcional articulado con lo insólito de la realidad social colombiana.

Es un orgullo para la Universidad del Valle que el maestro Gardeazábal, estudiante y profesor de nuestra universidad, haya autorizado la publicación de cinco de sus novelas, contribuyendo, en ese sentido, al significado de la literatura vallecaucana en el contexto de la obra narrativa del país y

de América Latina. En esta ocasión se publican: *La tara del Papa*, *El titiritero*, *El divino*, *El último gamonal* y *Comandante Paraíso*, con sus respectivos prólogos de académicos y estudiosos de la obra de Gardeazábal; la Universidad le agradece a los profesores y profesoras, Amparo Urdinola, Carmiña Navia, Fabio Martínez, Omar Ortiz y Julián Malatesta, quienes muy generosamente han colaborado con este homenaje a Gustavo Álvarez Gardeazábal, parte esencial de la literatura colombiana. La edición de estas novelas es un homenaje a su vida de artista, al talento inagotable, a la sinceridad de su arte y al deseo venturoso de seguir leyendo sus obras.

Edgar Varela Barrios
Rector
Universidad del Valle

PRÓLOGO

Siempre he pensado que en esta, su primera novela de largo aliento, Gustavo encontró el tono y el estilo que le son inconfundibles: profético, cuestionador e hiperbólico. Por eso no deja de extrañar que *La tara del Papa* haya permanecido tanto tiempo agotado, por fuera de edición, casi desconocido por la crítica. Desde que la imprimió por primera vez la Compañía General Fabril Editora de Buenos Aires en 1972 hasta ahora, han transcurrido treinta y nueve años de silenciamiento, siendo que ella ayuda a consolidar lo que se denomina el ciclo de Tuluá.

Desde su publicación hasta la de *El bazar de los idiotas*, en 1974, habían pasado solo dos años y ya Álvarez Gardeazábal había constituido un espacio vital donde los hombres se convulsionaban en medio de una crisis: la violencia. Pero, la violencia iba intrínsecamente ligada a un espacio: Tuluá, que en sus novelas adquiere la categoría de personaje colectivo, de memoria arquetípica que la mayoría de las veces se transmite por tradición oral. Representa el lugar de sus raíces, también el de sus inquietudes e idealizaciones, paraje a la vez mítico y mágico que trata de explicar a lo largo de su proceso escritural, recogiendo las costumbres, las creencias del terruño, las milagrerías, para finalmente crear un complejo viviente que no concluye en cada novela, sino

que se desparrama a otros libros. De allí el término de ciclo, para captar esa reiteratividad.

El ciclo de Tuluá está conformado, a su vez, por varios ciclos: el ciclo de las grandes familias como en *La tara del Papa* y *La boba y el Buda* que gestan la saga de los descendientes del senador Pedro Pablo Uribe; el ciclo de los marginales como en *El bazar de los idiotas*, donde Marcianita Barona es la hija bastarda del cura de San Bartolomé; el ciclo de los políticos donde queda incluido León María Lozano de *Cóndores no entierran todos los días*. Leyendo posteriormente las otras novelas de Álvarez Gardeazábal, el concepto de ciclo de Tuluá podría remitirse a un ámbito todavía más amplio que lo aunaría todo: el del Valle del Cauca.

Las obras que tienen que ver con el período que va desde la aparición de *La tara* hasta la publicación del *Bazar* presentan elementos temáticos y estructurales que son comunes. En cuanto a los primeros, tenemos la recurrencia de la muerte, el homosexualismo y la violencia. En cuanto a los segundos, los monólogos, la narratividad pura, la ausencia de diálogos, los *flash-back*, los paralelismos. También hay que acotar que dichas obras están interconectadas por los mismos personajes, lo que puede redundar en inconsistencias de detalle: *v. gr.*, la Ramona de *La tara del Papa* se llama igual en *La boba y el Buda*, siendo ambas hijas del senador Pedro Pablo Uribe, pero el personaje pasa de obsesivo a retardado. El narrador, masculino, anónimo en ambas novelas, comete un suicidio en formas diferentes y ya no es hijo de Ramona, sino hermano de la boba en la segunda. Sin embargo, cada libro parece tener una historia más amplia que la que cuenta porque la leyenda detrás del libro parece seguir desarrollándose al convertirse en símbolo de una sociedad decadente.

Ya en *La tara*, propiamente dicha, crea un mundo escindido al cual contribuye el manejo del punto de vista. En una entrevista que le hice en los años ochenta, Álvarez Gardeazábal afirmaba que la novela está escrita en fragmentos porque el esfuerzo poético no duraba debido al agotamiento de la imagen; agregaba, además, que este fenómeno se generalizó desde el momento en que en la cultura irrumpieron la fotografía, el cine, la televisión. En ese mismo instante la poesía se volvió baladía. G.A.G. se olvida que el estancamiento y la reiteración pueden conducir a un esfuerzo reinterpretativo de mundo; que de la impotencia de un decir gastado se forjan nuevas expresiones; que del martilleo de una misma imagen brota la obsesión de lo cotidiano con su dosis de poesía alienante. Y, en eso radica justamente el valor de *La tara*.

Son seis sus narradores, a saber: el Papa, Ramona, Luisa, Donaldo, el homosexual y un narrador anónimo, al estilo faulkneriano, que amarra los cabos sueltos de la historia. En todos, salvo en el último, se tipifica un discurso patológico que los identifica cuando el tono profético se permea, homogenizándolos. El Papa, simbiosis de los Uribe Uribe, maneja un lenguaje oracular, apocalíptico, algo paranoide, que presagia la decadencia de la estirpe y del Partido Liberal. Sus enunciados aportan oposiciones entre futuro y presente que introducen el fenómeno de la duración, o sea, coadyuvan a la gestación de una leyenda: la leyenda del Papa Uribe, el hombre fuerte que derrotó a los enemigos en los campos de batalla, o a los dogos en el recinto del Senado.

El Papa tiene dos hijas: Ramona y Luisa. La primera abre con su discurso en primera persona la novela, contando qué había precipitado el nacimiento de su hijo, el homosexual. Trata de emular al padre y se esfuerza en cumplir con su tarea de líder, de Uribe. El resultado es el de una

mujer fálica, el vástago hombre que le faltó a la gloria del general. Por eso será también la última en fenecer después de enterrar a los suyos y a los copartidarios que firmaron, junto con ella, la carta de protesta contra las matanzas sin fin del Cóndor, León María Lozano. Luisa, por el contrario, emplea un discurso referencial, sapiente, pormenorizado. Cuenta en tercera persona y en pasado, la historia de la familia de Pedro Pablo Uribe y cómo la degeneración del entorno familiar coincide con el desmembramiento de una sociedad cuyos intereses políticos mal manejados crean el caos, el desgarramiento y esparcen la muerte por doquier.

Donaldo es un personaje secundario y sus intervenciones directas son pocas en el libro. Tiene a su cargo el discurso esotérico o sea que es el responsable de desentrañar los metalenguajes ajenos al común de los mortales. Es el brujo, el chamán de la familia y su discurso engloba otros como el del Papa Uribe. A diferencia de este —aunque sea su *alter ego*— no pontifica, sino que desde su saber señala los rituales y procedimientos a seguir ante los sucesos. Tampoco interfiere con las voluntades individuales, a pesar de advertir sobre los riesgos, cuando Ramona y su hijo construyen el jarillón para desviar el cauce del río. Ir contra la naturaleza significa la muerte y en la admonición ya se prefigura el deceso por agua del homosexual.

El homosexual, al ser el último heredero de la tara, se sabe de antemano condenado. Trata de sobrellevar sus lacras adoptando posturas políticamente incorrectas: se inscribe en el Partido Conservador a pesar de ser el nieto de Pedro Pablo Uribe; desafía la moral tradicional al pasear sus conquistas por Tuluá. Por eso, su discurso es delirante, novedoso por su libertad y, a la vez, el más poético de todos. El gran delirio que precede a su muerte y que se encuentra

fraccionado a lo largo de la obra, es la expresión de una carencia afectiva fundamental: tiene una palabra pero no le pertenece. Lo que expresa ya ha sido dicho por el padre, por la madre. Solo es original cuando verbaliza sus más oscuros deseos. Es decir, que generalmente, su discurso no se adecúa al orden de lo vivido.

Por último, tenemos al narrador anónimo, en tercera persona, que reconoce siempre al otro y que tiene la función de anexar, juntar y explicar las hebras que quedan sueltas de la trama. Sus temas giran alrededor del entierro del homosexual o de la vida en familia del Papa y sus hijas. Es anafórico, reiterativo y se encarga de concluir la novela de forma magistral, para llevarnos de la mano a la denuncia y a la leyenda.

En el mundo real, todo individuo es la suma de su ser biológico y de su experiencia. Si el autor logra verosimilizar la realidad ficticia, esta tendría que operar de la misma manera y ese ser de papel estaría codificado por signos que a la postre encasillan la existencia. Es el lenguaje el gran organizador del mundo y no a la inversa. El enunciado está constituido por fuera del individuo en un medio social que lo orienta hacia otras personas para establecer la cadena comunicativa. O sea que la comunicación es un intercambio de enunciados que termina bajo la forma común de un diálogo de uno consigo mismo, con otro, con otros. No es extraño, entonces, que G.A.G. en *La tara del Papa* haya optado por tantas voces donde cada una de ellas pretende verbalizar, mostrar esa porción de mundo que le ha tocado vivir, que ha modelado su experiencia para revertirla en palabras que conforman un panorama social. Tuluá y sus pobladores se debaten en el decir, solo que este se ha agotado y no cumple su verdadera función de intercambio. El horizonte común a

los locutores se ha enajenado por razones de tipo ideológico. Ser conservador o liberal se vuelve la razón de vivir de un pueblo que se diluye en la dicotomía. Estalla la violencia y solo la muerte funciona como catarsis. Mueren los protagonistas y únicamente queda Ramona “dándole puntadas a la soledad.”

Amparo Urdinola Uribe
Cali, marzo de 2011.

A Alicia Uribe y María Cardona

Me levanté asustada. Me sentí sola en la inmensidad de mi casa. Prendí luces, llamé a los vivos y supliqué a los muertos. No era medianoche todavía. Salí al patio, miré el cielo y me di cuenta que Tuluá no estaba dormido. Quise entrar al comedor pero la puerta tenía llave. Seguí a la sala, pasé al vestíbulo y fui a abrir las alacenas. Cerradas. Me empecé a convencer de lo que estaba pasando. Volví a gritar a los vivos, toqué la puerta de ese maldito de mi marido pero apenas me respondió el eco. Estaba encerrada en mi propia casa. Corrí al portón cerrado con doble llave. Me volví lentamente hacia mi pieza me fijé en los retratos del corredor y terminé parada ante el espejo. Me acaricié mi embarazo de siete meses, lo cubrí despaciosamente con la levantadora de lino y de perfil ante el espejo, mirándome como en el momento en que Donaldo vino por mí para llevarme hasta San Bartolomé decidí aclararle a este pueblo, a mi tatarra y a mi marido, que todavía seguía siendo la hija del Papa Uribe.

Tomé el asiento del tocador, empujé la mesa de la plancha, arrastré el escritorio de la sala y con un asiento y con el otro armé poco a poco la pirámide. La terminé con la mesita de cobre que León María me regaló el día de mi matrimonio. Subí entonces desde el piso del patio de mi casa hasta los techos de Tuluá. Apenas si me cubría la levantadora y estaba descalza. Cuando me di cuenta ya iba pisando

los techos de las casas de este pueblo corriendo desahogada buscando el patio del médico Tomás. No demoré mucho en encontrarlo. Tampoco tardó en ponerme la escalera de guadua para que bajara y me encontrara con la cara de perro danés de su mujer. Ninguno de los dos me preguntó nada. Me miraron por sobre las gafas con el periódico en las manos. Hice una venia, acaso si alcancé a decir gracias y en silencio como había llegado, salí por la puerta de la calle. De ese momento hasta el final, Tuluá supo muy bien con quién estaba contando. Siempre lo ha sabido pero ese día convencí a los más incrédulos. Así, descalza, con apenas mi levantadora de lino, tapándome a medio tapar mi embarazo, empecé a caminar lentamente hacia la plaza. No me importó encontrarme con Merceditas y el cura Rafael en la esquina de la casa cural. Los saludé como si nada. Seguí mi camino, llegué a la esquina del parque y sin mirar atrás para no verles las caras a los curiosos que Merceditas seguramente había llamado, caminé por el medio del parque. Cuando llegué al otro extremo, León María y ocho ojos más se quedaron mirándome en silencio. Les hice otra venia y aceleré mi paso. Escasamente se oía el murmullo lejano de la música del Centro Social. Quizás por ello me oriente rápidamente. Cuando entré Estercita estaba en la puerta vendiendo las boletas del baile de caridad. No le dije nada, la miré con los mismos ojos con que la he mirado toda la vida cada vez que ha venido a contarme lo que en este pueblo se está diciendo de mí y de mis locos y sin preguntarle siquiera el precio llegué hasta el extremo del salón. La música aporreaba los oídos y difícilmente se distinguían las personas entre el humo del cigarrillo y el apretujamiento del baile.

No me detuve. Sabía muy bien que los ojos de todo ese montón de residuos de este pueblo estaban sobre mí. Tomás,

grité casi energúmena. Hasta los músicos detuvieron su sonaja. El humo se disipó y por entre medio de él una fila de caras asustadas le fue abriendo el paso a Tomás y su pareja. No se dijo nada ni se oyó un murmullo. La llave, volví a gritar sin mirarlo. Extendí mi mano sin moverme del puesto que había logrado y esperé que él viniera hasta donde me había quedado impassible. Temeroso como en el día del quenopodio, pero impulsado por ese orgullo que terminó con todo lo nuestro, dejó caer sobre mi mano el llavero de la casa. Apreté bien el puño y volví a salir por donde entré. El murmullo comenzó a crecer y cuando llegué a la puerta de Estercita ya era otra vez el jolgorio del comienzo. La música aturdió el aire y yo, Ramona Uribe, satisfecha, caminé poco a poco hasta mi sitio. Ya León María y sus amigos estaban en la puerta del Centro, el cura Rafael y Merceditas venían con la botija de agua bendita y el resto de curiosos de este pueblo especulaba de mi caminata. Pero tampoco los saludé ni les dije nada. Seguí por encima de sus narices asustadas y volví a la puerta por donde había salido. Le mostré orgullosa la llave al médico y sin otra explicación que un sonoro muchas gracias, subí nuevamente la escalera por donde había bajado.

Cuando llegué al techo y sentí el frío de las tejas pensé en mi padre, en su gloria y en mi tara. Me acaricié el embarazo y corrí otra vez por los techos de las casas. Ni el día de la procesión del resucitado, ni el del entierro de mamá, ni el de la quema del nueve de abril Tuluá olió a como me olió esa noche. Llegué hasta el patio, miré mi pirámide y en menos de un minuto recordé toda mi vida. Volví a llamar a mis muertos y en el colmo de la felicidad comencé a bajar por donde había subido. Solo alcancé a poner las dos piernas. Después fue el estruendo.

Esa noche naciste tú

Era un olor a sahumero, una boba aporreando una olla, una mujer desnuda leyendo notas a máquina y comparándolas con pergaminos viejos. Un cura anciano arrastrando una pierna y escondiendo un bastón. Una mujer llorando detrás de mil casacas de guerra y una recua de mulas que llevaban un cadáver. Era un olor a incienso, una mula fina jadeando con un viejo erguido al que seguía una negra quemando brasas y derramando esperma, otra mula, y otra, y otra, hasta completar muchas y dejar de contar para no seguir contando y empezar a toser ante el humero que aparecía en la nada y se perdía en la otra nada. Un hombre elegante, bien vestido, de azul subido, rasgando trapos rojos y un murmullo detrás. Era un olor a sahumero, un ruido sordo el de esa olla cuando apareció, borlas rojas, brillante acaso, coronado con una tiara inmensa de culebras, arañas, lagartos, sapos y sin más escándalo que el de sus aves viejas, gansos, patos y una que otra gallina. Un automóvil que no hacía ruido, candelabros que colgaban de postes de la energía, hombres desnudos que me llevaban en hombros y atrás deslumbrante, de bata floreada, trenzas en el pecho, ella, gritando, sobre un anda que llevaba el aire, quién era y yo y por qué odiaba la gente feliz.

Era un olor a sahumero

Fue Gertrúdz. Allá llegó, entre negra y morada, ahogándose en el susto y sosteniéndose en el bastón, penetró por el portón grande y casi sin ayudarse estuvo al otro lado del mostrador del almacén de Donald. Suspiró hondo y antes de hablar se quedó mirando la foto enmarcada en dorado que recordaba los ojos saltones y las arrugas abismales de Donald el viejo. Nadie sabe todavía. Ella había llegado a la puerta de la iglesia para la misa de cinco cuando lo vio bajar